

La tercera condena es menos explícita, ni siquiera se ostenta ni se despliega. Ni mucho menos se enuncia, para qué. Los chicos de la vanguardia hunden en la medida en que pueden —felizmente, no del todo— varias generaciones de músicos ya apartados por la exposición de Düsseldorf. Rescatan a Webern, san Antón von Webern desde entonces. A Schoenberg, con reticencias. Y a Berg tratan de ignorarlo al principio, de ningunearlo. Saben que por la grieta de Berg (puente con el pasado, qué asco) pueden colarse los Schreker muertos y los Krenek vivos. Y pensar que Krenek era un novísimo, un modernísimo que desarrolló todas las lenguas y dedicó culto a todos los dioses de su tiempo, saludablemente pagano, ajeno al integrismo; y que, de pronto, se le pone entre los *convencionales*, una vez terminada la guerra e impuestas como vigencias duraderas (efímeras, pero duraderas) las consignas de los jóvenes rampantes.

Que conste que entre estas condenas hay otras. Por ejemplo, los fascistas del Heimeer consiguen que su ópera

Carlos V no llegue a estrenarse en la Ópera de Viena cuando ya está a punto del ensayo general (1934).

Escribió Krenek un montón de óperas, entre ellas *Orfeo y Eurídice*, a partir de un texto de Kokoschka. En sus memorias, Kokoschka no menciona a Krenek, ni tampoco a Hindemith, compositor de su *Asesino, esperanza de las mujeres*. Eso sí, se queja de la música que le han puesto. ¿Mezquindad de última hora de un gran artista?

Krenek estaba en Estados Unidos, lejos primero del terror nazi; lejos, más tarde, del terror integral-serialista (dos terrores muy distintos, de muy diverso calibre y alcance, desde luego, pero si sólo el primero aniquilaba tu vida, ambos te aniquilaban la carrera, la existencia misma como artista). Krenek se mantuvo. Allá lejos, sin que por aquí nadie le recordara más que por un título, el *Jonny*, desde luego, pero no por la música de esta obra. Resistió. Fue longevo, enseñante y tenaz. También prolífico. En 1947, con Europa en ruinas, compuso esta espléndida *Cuarta Sinfonía*,

que nos llega por primera vez en disco. Oyéndola, uno advierte con sorpresa que este vienés de 1900 podría haber sido considerado un seguidor con personalidad propia de la escuela de Schoenberg; y si nos hubieran dicho que era discípulo de Berg, no habríamos dudado ni un momento que era cierto. Pero esta sinfonía mantiene acordes tonales, líneas con jerarquías y armonías, por mucho que todo se diluya en ambigüedad, en dobles sentidos, en indefiniciones tonales. La estrenó nada menos que Dimitri Mitropoulos (Carnegie Hall, N. York).

El joven Krenek compone el *Concerto grosso* de 1924 después de admirar el ejemplo de Stravinski en *Pulcinella*. Neorromántico, ahora neoclásico, serial más tarde, precisamente con *Carlos V*... ¿Un heterodoxo? ¿Un ecléctico? Tal vez un ortopráxico (¿se dice así?). En ambas obras advertirá el aficionado una vena introspectiva, a pesar de todo. Intensidades que van por debajo y que desdeñan la mueca.

Con esta sinfonía termina

CPO el ciclo completo de Krenek, comenzado hace tiempo. Es un buen resumen de las preocupaciones del compositor, y si para algunos es prueba de su incapacidad de encontrar su propio camino, para nosotros es lo contrario: cada cual hace su camino, sus caminos, no los encuentra, y mucho menos los encuentra marcados por otros. Las otras cuatro sinfonías las dirigió Takao Ukigaya a la NDR, mientras que ahora el director es Alun Francis. Francis cumple y nos da un disco Krenek intenso, mas también austero, una musicalidad profunda que, tanto en la sinfonía "bastante vienesa" como en el *Concierto barroquizante* y algo "griego", marca otra época, por mucho que se base en lo de antaño y lo de hoy. Ahora bien, escuchen los dos movimientos lentos del *Concierto* y el *Adagio* de la *Sinfonía*: escuchen eso y díganme si no está ahí el espíritu vienés de Berg. Creo que Alun Francis nos lo da exactamente así, explícitamente así. En fin, un disco de gran interés.

Santiago Martín Bermúdez

Ferries, Tampalini, Feola, Zigant, Zanon, Fernández Bardieso

LA BUENA SALUD DE LA GUITARRA

En la actualidad, la guitarra vive un momento dulce en lo que a intérpretes se refiere, y muestra de ello son las novedades a las que vamos a referirnos de inmediato, que dibujan un panorama heterogéneo pero sumamente interesante y con un denominador común: la alta calidad.



No hace mucho comentábamos de estas mismas páginas un delicioso recital de Gordon Ferries con obras de Gaspar Sanz titulado *La preciosa*. Decíamos algo así como que tenía más elegancia que espontaneidad, que estaba más cerca de lo cortesano que de lo popular, que primaba la expresión de la belleza por encima de cualquier otra consideración. Ahora presentamos *Marionas* (Delphian DCD 34046, distribuidor: Harmonia Mundi) en que Ferries vuelve con su guitarra barroca basada

en modelos venecianos a deleitarnos con la música de Francisco Guerau, también de la época de Sanz y de estética similar y con la que el guitarrista escocés se encuentra tan a gusto. Las melodías que asociamos con Sanz aparecen aquí, si no idénticas sí muy similares como era común entonces y como también sucede con los virginalistas británicos por poner un ejemplo bien conocido. En todo caso, la inspiración popular es tan evidente como en Sanz y este disco completa de algún modo al ya citado *La preciosa* y ambos dibujan una visión poética y más bien apolínea de un período muy concreto de la música española.

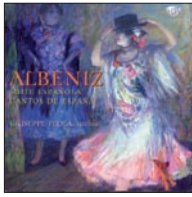


El italiano Giulio Tampalini, reconocido dentro y fuera de su país y uno de los que se han beneficiado no sólo de las enseñanzas de Angelo Gilardino, maestro de maestros, sino

también de su decidido apoyo, nos ofrece una integral de Tárrega en dos CDs (Concerto CD 2001/2, distribuidor: Harmonia Mundi) que va a sorprender muy gratamente a más de uno. Se trata de un repertorio agradecido y en el que hay cosas que están bien, otras que no tanto y algunas que están muy, pero que muy bien. Tárrega se mueve en estas obras entre el salón y el concierto, a veces se acerca al estudio y en no pocas ocasiones demanda un virtuosismo inteligente, siempre mesurado aunque en algún momento llegue a ser desafiante pero que siempre debe primar en su interpretación lo musical, la expresividad. No es fácil, por supuesto, y cuesta más resolver satisfactoriamente los momentos más ligeros, incluso triviales, que los más exigentes. Habrá quien se sorprenda al escuchar la melodía que asociamos con los infernales teléfonos móviles en el *Gran vals* y quien añorará un romanticismo guitarrístico que pudo haber sido y no fue. Lo hubo, pero no fue compara-

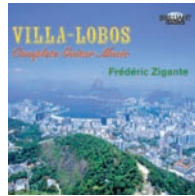
ble, por ejemplo, al pianístico y algún intento como el de Tárrega merece destacarse. Tampalini es un fenómeno, así de claro, y nos ofrece versiones inteligentes, bien resueltas técnicamente y de gran claridad, con un cantáble más que destacable, con una frescura que embellece esta música y sin innecesarios alardes. Versiones que están al servicio de lo interpretado pero que además, quizá por ello, nos permiten admirar al intérprete. Por cierto, no se trata de una integral realmente merecedora de tal nombre ya que, si bien están todas las obras originales, faltan las transcripciones —aunque se ha colado aquí alguna— y no es ese un aspecto menor en Tárrega ya que en ellas se reflejó su empeño por crear un romanticismo genuinamente guitarrístico. Muy recomendable.

Otro guitarrista italiano, Giuseppe Feola, nos presenta sus propias transcripciones de obras pianísticas de Albéniz (Brilliant 94047, distribuidor: Cat Music). Repertorio ampliamente conocido y habitual



entre los guitarristas, conoce aquí una transcripción bien hecha y respetuosas interpretadas con total competencia. Guitarrismo de altos vuelos en ambos aspectos, en las transcripciones y en la interpretación, que nos descubre a muchos a un músico interesante. Más conocido es Frédéric Zigant, uno de los nombres ilustres del instrumento en la actualidad, que nos trae una integral de la obra para guitarra sola de Villa-Lobos (Brilliant 9196, distribuidor: Cat Music) que tiene

como principal atractivo el presentar versiones alternativas de ciertas obras distintas de las habituales y un par de piezas que son anticipos de la *Suite populaire brésilienne*. En lo



que a la interpretación se refiere, estamos ante una referencia, indiscutible, y poco puede hacer ante ella la del brasileño Fabio Zanon (Nimbus NI2576, distribuidor LR Music) grabada en 1997 y sin la chispa pero también sin la elegancia de Zigant. La Mazurka-Chôro con que empieza la

Suite populaire brésilienne (la pieza que abre el CD) es de una lentitud exasperante aunque no falten a lo largo de todo el disco, justo es reconocerlo, detalles de buen gusto.



Bien distinto es el programa que nos ofrece José Fernández Bardesio con obras propias, de Ginastera y de Piazzolla (Hänssler PH11002, distribuidor: Diverdi). Fantástico Piazzolla, lo mismo que la brevísima *Danza de la moza donosa* de Ginastera en manos de este guitarrista uruguayo. Sus pro-

pias obras, de claro ascendente popular y folclórico, son perfectas compañeras del resto del programa y la audición de todo constituye un placer.

Terminamos nuestro recorrido por estas novedades discográficas volviendo a Tappalini y su heterogéneo recital de obras contemporáneas (Concert CD 2005, distribuidor: Harmonia Mundi) con composiciones de autores de muy diverso signo pero todas ellas unidas por la placidez que resulta de su audición. Así pues, recital agradable, diverso y muy interesante, que permitirá descubrir alguna delicia e interpretado con la autoridad de este gran músico.

Josep Pascual

Concerto

DESDE ITALIA

Harmonia Mundi distribuye por primera vez en el mercado español los discos del sello milanés Concerto. Se trata de una empresa discográfica independiente italiana de música clásica, con su eje de acción centrado en el repertorio y los intérpretes italianos, incluyendo géneros y estilos de lo más variado, aunque con un enfoque predominante hacia la música de cámara y los períodos barroco y del *settecento* italiano.



como justito de calidad. La novedad de la obra le salva en parte.

A lo que parecido ocurre con el disco titulado *Sinfonía napolitana* (CD 2020); sinfonías de Jomelli, Pergolesi, Fiorenza, Sacchini, Piccinni, Anfossi y Guglielmi, en una grabación de 2009 de la Orquesta de Cámara de Nápoles dirigida por Enzo Amato; piezas infrecuentes y lecturas en el límite de lo correcto: abundan los desajustes y la pobreza de contrastes y colores es la norma general. Mayor compromiso estilístico y calidad técnica muestran Enrico Bronzi (violonchelo) y Michele Barchi (clave) en las *Seis Sonatas para chelo y bajo continuo op. 5* de Gemianini (CD 2061); un disco de 2010 que aborda obras más conocidas y grabadas que las de los discos anteriores y que sin ser excepcional, ofrece momentos interesantes. También se mantiene en un buen nivel medio el disco *Sonatas para violín y fortepiano* de Haydn (CD2048) con Alberto Bologni (violín) y Giu-



seppe Fausto Modugno (piano); una grabación de 2009 con las *Hob. XVa, n.ºs*

1, 2 y 3, más las adaptaciones de los *Trios Hob. XV:31 y 32*; a destacar, la belleza sonora y el notable equilibrio entre los dos instrumentos. El clasicismo haydniano da paso al de Mozart, por partida doble: por una parte, en un disco con sus



Dúos K. 423 y 424 para violín y viola, además del *Divertimento para trío*

de cuerdas K. 563 (CD 2053). Se registró en 2009 y sus protagonistas son Francesco Manara (violín), Simonide Braconi (viola) y Massimo Polidori (violonchelo). Por otra, en un CD con transcripciones realizadas por Clementi de las *Sinfonías n.ºs 40 y 41* (CD 2063); reciente grabación de 2010 con Davide Cabassi (piano), Gisella Curtolo (violín), Lucio Labella Danzi (chelo) y Luigi Lupo

(flauta). Ambos discos cuentan con versiones más que solventes; brillantes y de hermosa factura sonora por momentos en los duetos y el divertimento. Las transcripciones aportan poco a la grandeza de las cumbres sinfónicas de Mozart, tal como fueron concebidas, pero se escuchan con agrado y se resuelven con expresividad y precisión.



Por último, el CD *Carlo Broschi detto Farinelli* (CD 2007), disco que

grabó en 2007 el soprano Angelo Manzotti con el Ensemble Isabella Leonarda dirigido por Maurizio Schiavo, contiene cinco arias recogidas en *El cuaderno de la Emperatriz*. Las versiones son muy personales, meritorias teniendo en cuenta el más que complicado terreno en el que se mueven, pero son demasiado irregulares: orquestalmente flojas y en la parte de Manzotti con desequilibrios en los distintos registros y dificultades en las lecturas.

Daniel Álvarez Vázquez

www.hmtienda.es

la tienda on-line de harmonia mundi ibérica